

LA CIUDAD

Todo cuanto se usa se gasta, y al fin queda inservible. También la ciudad, las ciudades. Duda no cabe de que nuestras ciudades son ya como... como chalecos viejos, usadísimos, que pretendemos remendar, y sólo conseguimos seguir deshaciendo, al forzar una malla para que sostenga la nueva: puente sobre el vacío, sobre el agujero. Decimos que la ciudad, la ciudad por nosotros usada, nos conforta. Como el viejo chaleco gastado—pura trama casi—la ciudad nos da bienestar porque alimenta nuestra nostalgia de vivir ya vivido, con menos años, con más campo de futuro prometedor abierto, con más ilusiones. Creemos que la ciudad sirve para todas las ocasiones. Como el chaleco viejo que prestamos al amigo, a la amiga, sin considerar años, sexo, talla. A todo el mundo debe servirle nuestro chaleco viejo, pensamos; pero a todo el mundo le está incómodo, porque a nadie que apego no le tenga le conforta nuestro viejo chaleco, que es de lana de cachemire, y fue tejido en Escocia y comprado en Londres-Liberty, y... Todo eso aconteció, sin embargo, cuando "se ignoraba todavía si el mar nacería niño o niña". Y el verso de Alberti, que sigue vivo, abriga todavía el alma, pero nuestro chaleco... ya sólo sirve para nuestro frío.

Usamos Roma, París, Viena, Londres, Madrid, Barcelona, México D. C., Nueva York, Chicago, Frisco... Viejas ciudades chapuzadas. Viejas ciudades entrañables. ¿Imposibles de reajustar? No lo sé. ¿Es lógico que se requiera más tiempo para rodar desde la ciudad al aeropuerto, o desde casa al helipuerto, que desde el aeropuerto a la otra, nada cercana ciudad destino? ¿Es lógico que vivamos con átomos y con este actual sistema fontanero a la vez? ¿Tiene sentido acaso el modo como Nueva York soluciona el problema basura o trastos de traperos? ¿Es Londres más que un hábito de considerar ciudad un suelo construido o sembrado de verde que ni siquiera ofrece a los pulmones aire que respirar y cubre los ojos de conjuntivitis?

Las grandes urbes de nuestros días parecen las espléndidas *douairière* del *Tiempo Perdido*, que llegaron a nivel de urbes en su día, hace un siglo, en el siglo XIX. Hoy están en nuestro siglo chapuzadas. Y las sufrimos, las habitamos, porque las amamos: esta es la verdad de nuestros corazones, que todavía las ven iluminadas con los focos de su prestigio.

Pero hay gentes—arquitectos urbanistas, diseñadores, creadores, utopistas profesionales también, como los arbitristas del reinado de Felipe II—, hay gentes muy valiosas en conjunto que se han dado a pensar en las nuevas soluciones ciudad posibles. Si son válidas es cosa que yo no sé. Qué valor pueden tener una a una, tampoco puedo juzgarlo. Sé—sí sé perfectamente—que suponen un latido muy humano y perfectamente consciente ante el problema ciudad.

También se me alcanza que el problema ciudad tiene dos vertientes: una técnica, otra humana, totalmente y no demasiado humana nunca. Y es un problema que está bullendo desde hace muchos años, y frente al que hay que situarse—dentro o fuera—, pero no con pasmo, ni con asombro asombrado, ni con frenesí en la repulsa o en la aceptación de las posibles soluciones a él dadas. Las soluciones todavía son meras posibilidades carentes de realidad firme y probada; en muy rara ocasión construidas y puestas en habitabilidad.

A mí, desde fuera, y como simple habitante de ciudad consciente—perfectamente indocumentada en cuanto a urbanismo—, el problema que más me mueve a pensar es éste: las nuevas ciudades utópicas, que surgen en las conversaciones entre personas muy cultas y capaces y ciudadanas, acerca de las ideales posibles nuevas ciudades, parecen acomodarse punto a punto a las ciudades de Robert E. Simon, en Virginia; las del plan RESTON (R.E.S., las iniciales de su nombre, -ton), la terminación inglesa de ciudad: Princeton, Kingston, Trenton, etc. De estas ciudades Reston, Lake Anne ya funciona. Las demás, ¿correrán la suerte de las ciudades Pontinias de Mussolini? Sabaudia fue, desde su nacimiento, increíblemente bella, pero las ciudades de la Pentápolis italiana hubieron de poblarse a la fuerza con grupos de gentes traídas del Véneto y aun de más allá. RESTON es una fórmula de ciudades de medida justa, con calidad de gran ciudad, que ofrece resueltos los problemas que hoy aquejan a la ciudad, de todos conocidos. Las ciudades del plan RESTON no rompen el paisaje: se integran al paisaje, y sin embargo... ¿Serán ciudades habitadas gozosamente como Nueva York, en donde tanto se gruñe, sin embargo?

Un domingo en Nueva York parece que la ciudad ha sido desahogada. Sólo surgen de los templos grupillos de personas, como salen las hormigas, en abanico, de sus hormigueros. Pero estas gentes, al cruzar de acera, al dar la vuelta a la esquina, se deshacen, desaparecen. El transeúnte medita entonces acerca de todos los defectos que hacen invivible Nueva York. Y mira la altura de los rascacielos, y ese cielo de color tan madrileño que tiene Nueva York. El lunes, el día lunes, ni siquiera es posible ver el cielo en la ciudad. No está. Lo cubre la densa masa de aire opaco. Y, por añadidura, el que no mire por dónde va, acabará laminado en la acera, y tan molido de golpes como en un ring. Pero ése debe ser el *hic* que tiene Nueva York.

Las ciudades las creemos las personas como las uñas. Fea y no muy servible se nos quedó la uña pillada. Pero arrancar de cuajo una uña, dejársela arrancar sin más... ¿hay valientes? Pues tampoco nos dejamos poner otra ciudad en nuestra vida—es decir, llevar nuestra vida a otra nueva, y perfecta ciudad—ni nos dejamos arrancar la ciudad invivible. Cierto que lo es.

Pero vale la pena, y es preciso discurrir a toda neurona sobre las soluciones nuevas y distintas—justamente las que no surgen como la solución Reston, que hace brotar ciudades bellas y normales como son bellos y normales los acianos en los trigos. Vale la pena considerar las soluciones otras que arrancan desde hace... dos guerras mundiales hace que empezaron a brotar, cuando menos. Y son soluciones como los postes de telégrafo, ahincados en los trigales, que los tronchan antes de ser alzados. Valdría la pena que hubiese entre nosotros, en Madrid, aquí y ahora, gentes pensando, investigando acerca de más posibles soluciones, y no sólo sobre papel y con instrumentos de dibujo, sino sobre libros, sobre gentes que viven...

Y es que a mí, personalmente, ninguna de las soluciones que conozco me satisface en su totalidad. Tal vez porque no soy técnica en hacer ciudades, sino en vivirlas.

Algunas de estas soluciones a que aludo quiero mencionarlas en estas páginas.

Manifiesto futurista. Todavía no había guerra mundial primera. "Toda generación debe construir su propia ciudad... ágil, flexible, dinámica en todos sus elementos" (ciudad en la misma linotipia en que se componían los caligramas y otras obras poéticas, sin duda).

Le Corbusier: "Una ciudad es un instrumento. Y las ciudades de hoy ya no son el instrumento que exige el vivir."

La guerra mundial lleva cifra II.

Y se busca algo en que arraigar, algo que sea ciudad y pueda situarse a la vera de las cápsulas espaciales y los computadores, algo que rime con la edad atómica. (Pero en Polonia, en nuestra atómica edad, se han reconstruido piedra a piedra, cascote a cascote, las ciudades arrasadas, y han quedado como chalecos viejos vueltos a tejer...)

Kenzo Tange se ocupa de dar una solución a Tokio, que, sobre el papel, es preciosa.

Buckminster Fuller, a todo trance, se ingenia para rehabilitar y volver a hacer habitables sin traumas las ciudades existentes.

Fitzgibbon es el hombre de las ciudades-puente, remediador de Nueva York, se dice.

Quinn ha hecho ya algo en Raleigh (Carolina del Norte).

El equipo de la Universidad de Princeton tiene todas mis simpatías: su corredor de Jersey me parece por de pronto de in-

mensa belleza. Tiras de rascacielos, y entre ellas medias millas de bosque.

Malcolm Wells sienta un grave principio: "Todo pedacito de bosque vale más que cualquier arquitectura construida." El sabrá, después, dónde nos da de vivir, si sobre río, sobre mar o en la cima cimera de los montes.

Katavolos propugna una arquitectura química.

Frei Otto, a puras redes de cables, asegura que serán vivibles las ciudades.

Víctor Lundy es el hombre de las cubiertas que se soplan y crecen hasta la medida deseada, y a nadie matan si se derrumban. (Ya estuvieron en la Feria de Nueva York).

Los *enfants terribles* ingleses "Archigram", que ya no son nada niños, hace años que se aseguraron la simpatía inglesa afirmando que no pensaban arrasar la Abadía de Westminster, que viene a ser la versión urbanística del célebre: niebla sobre el Estrecho; el Continente está aislado. Y "Archigram" se debate entre sus bultos, colores, móviles de sus posibles ciudades de materias nuevas y sin peso. Ciudades para que vivan como el pez en el agua las Twiggy del día y sus enojados pares. El interés de este proyecto no es menguado, una vez que se le sopla toda la beatería que encierra.

Muchos de estos proyectos, y de cien más, supongo, se han probado en la Feria de Nueva York y en la Expo 67 de Canadá, y nuestra Revista ha dado cuenta de ello, debida y oportunamente.

Como usuaria de ciudad, de Madrid, y como analfabeta en Urbanismo, sólo he querido citar unos nombres señalados y fijar la atención sobre unos puntos que a mí me parece merecían atenderse, ahora, "en Madrid y en una calle", dicho lopesicamente. Y séanme perdonadas mis muchas faltas "técnicas", porque la intención de estas líneas mías no puede ser mejor. Madrid, como ciudad, se nos muere a todos. Está enferma grave por sus vías interiores y por sus vías de circulación y porque ya ni siquiera es posible en Madrid tener una buena pulmonía del Guadarrama, aire fino que mata a un hombre y no apaga un candil. Nuestro aire de Navidades, denso, infectante, no es transparencia que perfila contornos como debiera, sino saco rasposo en que vive el miasma del día. Por Madrid, todo es debido. ¿Verdad?

C. C.

NOTAS DE FILOSOFÍA

P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

LA CALLE Y EL PASEO

El indudable buen éxito que ha tenido la medida tomada recientemente por el Ayuntamiento de Madrid de cerrar unas calles céntricas de la ciudad al tráfico rodado no responde al azar o al capricho de los habitantes de la real Villa y Corte. Si bien se miran, todos los fenómenos sociales tienen a su base un preciso y hondo "por qué", digno de ser examinado con la len-

titud propia de lo verdaderamente importante. El fenómeno que hoy nos ocupa no se reduce a una medida disciplinar de ordenación urbana, sino que moviliza razones que afectan al modo mismo de ser de las gentes, pues el hombre—ser nacido para la comunicación—se agrupó desde siempre en los recintos acotados de las ciudades para huir del desamparo del campo y hallar un

refugio en el plenificante cobijo de la intercomunicación social.

Cuando en la actualidad, a la vuelta de muchos progresos espectaculares en la técnica, el hombre ciudadano se ve acosado por las calles y acorralado en su hogar, como animal dañino, siente, decepcionado, que algo ha fallado en el planteamiento cultural de los llamados "tiempos modernos".